

Con la llave en la mano... y el corazón en Dios

Acercarnos a San Alonso Rodríguez en el IV centenario de su fallecimiento

Josep Buades Fuster SJ

Publicado en la revista *Jesuitas*, nº 134-otoño 2017. Accesible online en:

<https://revistajesuitas.es/pdf/jesuitas134.pdf>

Levantándose de la silla, adelantada la mano derecha con la llave pronta, la izquierda dejando en el reposabrazos de la silla un rosario, el rostro mirando al cielo y los labios pronunciando el “Ya voy, Señor”, escrito en el pedestal. Esta es la imagen de San Alonso que se me quedó prendida desde la infancia. Entonces se elevaba sobre un alto pedestal en medio del claustro de Montesión. Ya adolescente, lo vi colocar en una hornacina, recién tallada en la pared que da a la iglesia. En la perspectiva, parecía haber perdido algo de grandeza, prácticamente esquinado. De cerca, la inmediatez con la magnífica escultura en arenisca de Tomás Vila, devuelve otra sensación de estar ante alguien realmente grande.

Todo Montesión viejo está lleno de la presencia de San Alonso. Nos apiñábamos tras la urna de cristal en la que reposan sus restos, envueltos en una sotana de terciopelo, y una cabeza y manos talladas en cera. San Ignacio era una referencia, sí; pero San Alonso y San Pedro Claver “habitaban el colegio”: una habitación que pudo haber ocupado en sus últimos años, la capilla de las reliquias, la cisterna del milagro en el centro del claustro desde que trasladaron la estatua, el cuadro que representa a la Virgen enjugando la frente sudorosa de Alonso camino del castillo de Bellver, la visión del trono de gloria que esperaba al joven Pedro Claver, la encomienda del patronato sobre Mallorca, la oración de intercesión por la salud de su superior, etc. Presencia de una vida intensa de puertas adentro: las puertas de su vida interior, y las de la residencia y colegio de los que era portero. Abrir a quien llamara, avisar al padre o hermano que correspondiera, dar catecismo a niños, escuchar las confidencias espirituales de personas de toda condición en la ciudad. Su vida exterior es extraordinariamente ordinaria. Año tras año, generación tras generación, Montesión enseña a sus alumnos a conocer, amar y venerar a San Alonso, con una devoción que nos queda como aire de familia.

En Mallorca, la figura de San Alonso queda en la penumbra cuando se sale del entorno de Montesión. En el fervor popular, está mucho más arraigados el Beato Ramón Llull y Santa Catalina Thomàs (contemporánea de Alonso, fallecida cuando este llevaba tres años en Mallorca), por no decir de otros santos y beatos posteriores. No fue así en los siglos XVII y XVIII: declarado Venerable nueve años después de su fallecimiento, el *Gran i General Consell* de Mallorca lo incluyó entre los patronos del reino en 1633. Hasta época reciente, cada 31 de octubre el Ayuntamiento exhibía un retrato de San Alonso en su balcón principal, engalanado: tradición rescatada con carácter excepcional. En la ciudad, hay una parroquia dedicada a San Alonso Rodríguez. Por toda la diócesis se encuentran muestras iconográficas. Es un santo que está ahí, entre otros.

En muchas casas e iglesias de la Compañía se encuentra iconografía de San Alonso, normalmente mostrando al Hermano que se santificaba en la portería, con una riquísima vida interior; a veces, alentando la vocación misionera en San Pedro Claver. Hermano jesuita ejemplar, propuesto como modelo para los hermanos, pero del que todos los jesuitas pueden recibir inspiración para una vida humilde, sencilla y en comunicación con Dios. Un patrón calcado por el beato Francisco Gárate y complementado por el de otros hermanos con una vida apostólica más variada, arriesgada, de frontera, como el Beato Dominic Collins.

Hoy, quizás sea otra la faceta de San Alonso que despierta interés: la del hombre que da un vuelco radical a su vida en edad madura; la del que pasa de la actividad empresarial a la

consagración religiosa; la del hombre que intensifica su relación con Dios habiendo perdido a la esposa, a los tres hijos y el negocio familiar. No es casual que la parroquia segoviana del Salvador, en la que fue bautizado el santo, haya querido recurrir al testimonio de Alberto Núñez en sus celebraciones del IV centenario. Incluso, cuando contemplamos la actividad apostólica de San Alonso en la portería de Montesión, despierta más interés su labor de escucha y consejo espiritual con personas de toda condición, su conversación espiritual con San Pedro Claver y con tantos otros. En fin, nos fijamos en Alonso como acompañante espiritual. La unión de vida interior cultivada, excelencia en la dedicación laboral y guía espiritual, hablan mucho de Alonso como jesuita cabal.

Son muchas las páginas que dejó escritas San Alonso: memorial de su vida en lo exterior y en lo interior, expresión de sus ideas ascéticas y místicas. Sin embargo, no fue un escritor. Vertió sobre el papel lo que le ordenaron sus superiores, pero no para publicarlos. Solo en puertas de su canonización, en 1885, publicó el P. Nonell las *Obras espirituales del Beato Alonso Rodríguez*. Posteriormente, el P. Borró trató de seleccionar fragmentos para publicar un tratado ascético, mientras que el P. Tarragó hizo una selección de textos de carácter místico. La selección más interesante, sigue siendo la *Autobiografía de San Alonso Rodríguez*, elaborada por el P. Segarra a partir de las “Cuentas de conciencia” o *Memorial*, escritas por el santo al final de su vida y editadas por Nonell. Lo más interesante es la adición, al final de cada “Cuenta” de algunas notas interesantes de la vida de San Alonso escritas por el P. Marimón (su confesor) y el P. Colín (biógrafo también contemporáneo del santo). Una última biografía escribió Carlos Ros, *San Alonso Rodríguez, el humilde portero* (2014).

Es importante que nos dejemos acercar a San Alonso Rodríguez. Un primer modo de acercarnos: contextualizar su vida en Segovia y Mallorca; si se quiere, también en Alcalá de Henares, Barcelona, Gandía y Valencia, donde vivió en periodos más reducidos. Se trata de conocer más sobre la ciudad de Segovia: la estructura de la sociedad que la conformaba en el siglo XVI, el auge y crisis del comercio de la lana y de la manufacturación de paños, los ambientes literarios, las inquietudes espirituales de grupos diversos, la relación con otras ciudades en ambas mesetas, etc. Se trata de conocer más sobre el Reino de Mallorca: su carácter periférico en la Corona de Aragón, la conjunción de corso y piratería en un Mediterráneo por el que se había extendido el Imperio Otomano, las periódicas crisis de desabastecimiento por efecto de las sequías, las banderías nobiliarias que desangraban la ciudad, el florecimiento de algunas personalidades notables en el ámbito eclesiástico, etc. El segundo paso, en este acercamiento, es el conocimiento de su vida: en una familia de mercaderes, la huella que dejó su encuentro con dos jesuitas en su mocedad (uno de ellos, probablemente, San Pedro Fabro), los estudios truncados, el negocio familiar gestionado y luego liquidado, el matrimonio roto por la muerte de mujer e hijos, los contactos con círculos espirituales de cariz alumbrado, las pruebas hasta ser admitido en la Compañía, y los 47 años de destino en Mallorca. El tercer paso es dejarnos introducir en la espiritualidad del Santo, de modo que pueda aprovecharnos.

El programa de actos y publicaciones del centenario busca eso precisamente: crecer en devoción, un aumento de consolación, en la medida en la que nos hacemos presentes al santo.